

Los días que fuimos barro

A ritmo de rock, Ezkaba dejó de ser un monte y pasó a convertirse en uno de los símbolos de la represión franquista. Oculta bajo capas y capas de silencio, la verdad busca cómo abrirse paso, incluida una canción, y, cuando sabes, ya no puedes permanecer indiferente.

No hay guerra buena, pero las civiles me parecen las peores de todas. Paseando por las ciudades de otros países de Europa, encuentras monumentos y banderas patrias que se izan en memoria de los que perdieron la vida en alguna de las dos Guerras Mundiales. Los pueblos, a veces, prefieren dedicar buena parte de los capítulos de su Historia a batallas y enfrentamientos, levantando el presente sobre una épica belicista. En nuestras calles lo que hay, y subrayo el tiempo de este verbo, que con vergüenza sigue conjugándose en presente, son placas con yugos atravesados de fechas, algún aguilucho y las cruces de sus caídos. El resto de los caídos fueron condenados al olvido y todavía hoy, después de más de ochenta años, algunos continúan aguardando a que una mano levante el velo de silencio que los cubre; esa capa que con tanta maestría supieron imponer los vencedores a base de cucharadas de ricino y miedo.

“¿Qué ha pasado para que el barro guarde tus pasos antes de salir?” Así arranca la canción 22 de mayo del grupo Barricada, la que me enseñó lo que ningún maestro se atrevió a contarme en el colegio. Saber es un riesgo, porque hay que ser de piedra o tener el corazón muy seco para que la verdad de Ezkaba te deje indiferente. Ojalá hoy fuera ese 22 de mayo y pudiera salir corriendo con un bocadillo detrás de alguno de los 795 hombres que, famélicos y en alpargatas, intentaron escapar del horror siguiendo el norte. Por desgracia, ya no podemos hacer nada para salvarles la vida; han pasado tantos 22 de mayo, que corremos el riesgo de caer en la indolencia y que sus nombres se borren de la Historia.

Félix y yo llegamos a Pamplona el 26 de abril, dispuestos a recorrer los 52 kilómetros del GR-225 que separan el fuerte San Cristóbal, el penal que corona el monte Ezkaba, de Urepel en tres cómodas etapas. A los tres presos que consiguieron cruzar la frontera esa travesía les llevó más de diez días. Nosotros habíamos planificado hasta el más mínimo detalle; alojamientos, con cama y ducha caliente cada noche, mapas, digitales y en papel, botas de montaña impermeables, barritas energéticas, chocolate... Todo un lujo comparado con la proeza que intentaron realizar aquellos hombres que solo contaban con hambre y piojos. Y, sin embargo, y a pesar de la precisión de nuestra organización, un inesperado compañero, que no se separó de nosotros ni un solo día, irrumpió en nuestro camino para recordarnos lo cruel que puede llegar a ser el monte; el barro. Hemos disfrutado de tres caminatas en un entorno de una belleza serena, pero que a ratos se nos hacía un poco cuesta arriba por culpa de este compañero.

“¿Qué ha pasado para que el barro guarde tus pasos antes de salir?”, me preguntaba cada mañana antes de calzarme las botas, o lo que se adivinaba de ellas debajo de la arcilla que las había transformado en una especie de botijo-zapato. El barro se convirtió en nuestra pesadilla diurna, aunque confieso que le daba los buenos días cantando, como si su presencia se tratara de un recordatorio necesario. Qué derecho teníamos nosotros a quejarnos por un poco de barro cuando ellos, los fugados del Fuerte, no habían tenido nada, ni camas, ni duchas, ni barritas energéticas, salvo barro. Además, no estaba dispuesta a que ningún obstáculo nos impidiera alcanzar nuestra meta, simple y noble, de no ceder ante la indiferencia.

Sucios y cansados, el 29 de abril nos fundimos en un abrazo con Jovino Fernández, bueno, con su escultura en Urepel.

Me gustaría terminar con una estrofa del poema Mi nombre es barro de Miguel Hernández, dice así: “Apenas si me pisas, si me pones la imagen de tu huella sobre encima, se despedaza y rompe la armadura de barro bipartido que me ciñe la boca.” Durante la fuga, más de doscientos presos murieron asesinados en una brutal cacería. Sus cadáveres fueron enterrados en fosas improvisadas bajo el barro del camino y han tenido que esperar ochenta años la llegada de esa huella decidida que acertó a quebrar la capa de silencio que los sepultaba.

Gracias a Barricada por regalarme una verdad con forma de canción, a Fermín Ezquieta (autor de Los fugados del Fuerte de Ezkaba) por ponerle nombre a los prisioneros de San Cristóbal, a la Sociedad de Ciencias Aranzadi por sus trabajos en la exhumación e identificación de las víctimas, a las asociaciones de Memoria Histórica, a las familias que nunca cejaron en su empeño por devolver la dignidad a sus muertos y a todas las personas que, día a día, están dispuestas a transitar por senderos embarrados para que nuestro pueblo no pierda la Memoria.

Laura, Madrid a 11 de mayo de 2025





